

ta viene cuestionado por el claro deterioro de la democracia húngara bajo su mando. Por tanto, es una excepción relativa a la pauta marcada por los otros casos.

El dilema en la era global.

Otra cuestión de relieve es el encaje de estos grupos en una época marcada por la guerra rusa en Ucrania y por desafíos de envergadura global. En el primer caso, las pasadas simpatías de muchas —aunque no todas— formaciones de esta familia política respecto a Putin representan un lastre. “El tema de la guerra es terriblemente incómodo para ellos. Pero tengo dudas acerca de qué impacto real puede tener en los sectores que comulgan con el resto de sus ideas”, dice Acha. Capoccia coincide, y aporta un matiz: probablemente no haya impacto en las bases tradicionales, pero este factor puede representar un freno para la expansión hacia otras áreas.

Sin embargo, el asunto no pareció afectar a Marine Le Pen en las presidenciales francesas de mayo. Acha observa que, si bien hay un problema vinculado a las pasadas simpatías con Putin, este es difuso, y en cambio la crisis concreta del coste de la vida es una poderosa arma arrojada que estas formaciones pueden utilizar desde la oposición.

Al margen de la cuestión rusa, la política internacional presenta un problema de fondo al que prácticamente todas estas formaciones se enfrentan con un gran dilema, que señala Capoccia. “El dilema para ellos es si jugar la carta del nacionalismo en una situación marcada por desafíos globales como los actuales”. Hasta ahora, les ha funcionado bien la idea del nacionalismo como respuesta a problemas que venían de la globalización. Pero ahora quedan evidentes las ventajas de la integración en marcos como la UE o la OTAN. “Jugar la carta nacionalista es arriesgado en este contexto. Pero alejarse de ahí supone cortar con las raíces”, dice el profesor. Un ejemplo es la propuesta de Le Pen de retirar a Francia del mando integrado de la OTAN. ¿Hasta qué punto seguir en ese tipo de sendas?

La erosión democrática.

Otro aspecto que queda en evidencia en esta fase de dificultad tras el auge de hace unos años es el profundo desgaste democrático que estas experiencias entrañan. No solo en la dimensión interna, con el ejercicio del poder, con medidas como mínimo polarizadoras y a menudo consideradas por opositores, órganos judiciales u internacionales como lesivas del tejido democrático; sino en una toxicidad que se extiende en el tiempo, como la que propaga Trump tras la derrota con su insistencia en la deslegitimación de las elecciones de 2020; o en el espacio, con la proyección de inestabilidad internacional, como el caso de Johnson, que se dispone mañana a dar luz verde al abandono unilateral de partes del Protocolo sobre Irlanda del Norte.

Varios de los grandes protagonistas del nacionalpopulismo afrontan horas difíciles. Todos sus representantes encaran graves dilemas. Pero absolutamente nada excluye que pronto llegue otra gran crecida de esa marea.

RAFA DE MIGUEL. **Londres** Daniel Hamilton (35 años) logró su puesto de concejal en el barrio londinense de Wandsworth por apenas 36 votos de diferencia sobre su rival directo. En una zona con impuestos locales muy bajos, los conservadores barrían en cada elección, con un margen de ventaja de diez o más puntos porcentuales respecto a los laboristas. “Era inevitable. Cada vecino al que llamabas a la puerta recordaba con decepción el asunto de las fiestas en Downing Street. Claro que ha sido un factor clave”, reconoce Hamilton, “pero también el hecho de que tantos años de Brexit han diluido la identidad del partido, que ya no resulta tan atractivo”. Y el “efecto Boris”, con el tono irreverente, pero cautivador de estos años, ha perdido su encanto.

Porque no hay nada más conservador, en principio, que unas dosis de gamberrismo. Varias generaciones recordarán a ese personaje llamado Guillermo *El Travieso* (William The Bad), con su uniforme de escolar inglés. La imaginación de la escritora Richmal Crompton introdujo, en el periodo de entreguerras del siglo XX, la necesaria medida de optimismo y modernidad en unas novelas juveniles que reafirmaban amablemente el aparente orden natural de la sociedad británica.

“Hay cuatro tipos de personas que aspiran a gobernar, y todas ellas quieren mejorar las cosas”, explica a Guillermo su pelirrojo amigo, Ginger, en *Guillermo, primer ministro* (1929). “Los conservadores quieren que todo mejore, sin que nada cambie; los liberales, cambiando un poco las cosas sin que se note; los socialistas, quitando a los demás su dinero; los comunistas, matando a todo el mundo menos a los suyos”. Guillermo se presentaba como candidato conservador en un remedo de elecciones en el colegio. Por supuesto, gana.

Es fácil pensar en Boris *El Travieso*. Para sus compañeros diputados, Boris Johnson era el candidato que garantizaba victorias. Para los afiliados y simpatizantes del Partido Conservador, el político irreverente y carismático que logró sacarles de la UE. “Mientras la relación de Johnson con la mayoría de los parlamentarios conservadores es básicamente transaccional, no ocurre lo mismo con una gran parte de los miembros del partido”, ha escrito Paul Goodman, director de *ConservativeHome*, y uno de los analistas más finos a la hora de escrutar el alma de los *tories*. “Incluso hoy, dos de cada cinco quieren que siga adelante. Muchos de ellos han vivido con pasión el Brexit, y ven en este primer ministro un símbolo de este triunfo”, señala.

¿Cómo se explica entonces que 148 diputados, un 41% de su grupo parlamentario, votaran el

El primer ministro británico divide a diputados, afiliados y votantes de un partido acostumbrado a ganar

El desencanto ‘tory’ con el mago del Brexit



Boris Johnson habla en el Parlamento británico, el miércoles. / JESSICA TYALOR (AP)

pasado lunes a favor de su destitución? “Decepción y hastío. No existe coordinación entre todos ellos, pero tampoco habrá marcha atrás. La luna de miel de Johnson se ha terminado. Cuando el 23 de junio se celebren las elecciones parciales de las circunscripciones de Wakefield y de Tiverton, y comprobemos el rechazo de los votantes, aumentará el número de rebeldes”, pronostica Charles Tannock, de 64 años, médico y europarlamentario conservador durante dos décadas. Hoy sigue igual de enganchado a la política como siempre. Pero desde la barrera. Fuera de un partido que ya no comprende. “Llevan casi 12 años en el poder. A muchos de estos jóvenes ni se les pasa por la cabeza que pueden volver a la oposición. Johnson consiguió, además, una victoria arrolladora en 2019, y creen que es imposible perder esa mayoría en una sola legislatura. Pero ya lo creo que es posible”, advierte Tannock.

No hay nada más conservador que unas dosis de gamberrismo

“La luna de miel con él se terminó”, pronostica un antiguo colega

Aunque para el resto del mundo el Partido Conservador se asocia a titanes como Winston Churchill o Margaret Thatcher, el alma fundadora de esa máquina perfecta de ganar elecciones, como ha sido definido durante casi dos siglos, fue Benjamin Disraeli. “Dos naciones sin relación ni simpatía mutua; tan ignorantes de sus respectivos hábitos, pensamientos y sentimientos como los habitantes de dos planetas diferentes. Los ricos y los pobres”. Su novela *Sybil* refleja la profunda división de clases de la Gran Bretaña victoriana, y de ella se acuñó la expresión *One Nation Tory* (Conservadores de Una Sola Nación), el arma secreta del partido que más tiempo ha gobernado en la historia contemporánea del país. Organizado. Distribuido localmente por toda Inglaterra. Atractivo para un amplio sector de la clase trabajadora, a la que Disraeli consiguió convencer de que defendía mejor sus intereses votando conservador.

Esa ha sido siempre la aspiración de Johnson: gustar a todo el mundo. Y durante un tiempo, para una mayoría de afiliados y votantes, fue el campeón del Brexit, el conservador con una visión social y liberal, y el gamberrero carismático que apelaba a ese inglés irreverente que muchos votantes llevan dentro. Hasta que una pandemia y las fiestas en Downing Street durante el confinamiento acabaron con el hechizo colectivo.

—No es mi caso. Nunca me ha gustado el personaje. Es un populista, y a estas alturas ya ha dejado claro que no sabe cómo gobernar un país.

—Explíqueme esto: votó contra el Brexit en 2016 y por Johnson en 2019.

—Sí, porque fue el único capaz de acabar con una pesadilla en la que llevábamos inmersos más de tres años.

Así lo ve George Winch (82 años), exgalerista de arte y probablemente más inglés que la propia Isabel II. “Seré *tory* hasta el final de mis días. Eso es probablemente lo que nos diferencia a unos y otros a la hora de votar a un mismo partido. *Tories* y conservadores. Yo soy de los primeros. Este señor, Starmer [Keir Starmer, líder laborista], parece moderado y tiene buenas maneras, pero yo nunca voy a votar a un socialista”, cuenta.

Al morir Disraeli, sus seguidores crearon la Liga de la Primula. Esta organizó reuniones para tomar el té, bailes sociales y otros eventos en los que fue transmitiendo la mentalidad conservadora a tres millones y medio de socios. Sin hablar de política. Cuando los más críticos tacharon de “vulgar” este mercadeo electoral, la respuesta de lady Salisbury, esposa de quien también fue alma de los *tories*, [Robert Cecil] dio en la diana: “Por supuesto que es vulgar. Por eso tenemos tanto éxito”.